

1

Esta historia comienza hace muchos, muchos años, cuando una pequeña semilla alada se desprendió de una piña suspendida en una rama y, tras revolotear unos instantes por el aire, planeó hasta el centro de un gran claro.

Era una mañana de finales de primavera, de las altas cumbres llegaba aún el olor frío de la nieve y los riachuelos bajaban hasta el valle crecidos por las aguas del deshielo.

Al alba, los pájaros cantaban como una única y extraordinaria orquesta. Petirrojos, verderos, pinzones, jilgueros y pinzones reales se disputaban el papel de solista.

Pronto el aire se llenaría de insectos, había llegado el momento, pues, de buscar una compañera y de establecer los límites de lo que sería el pequeño reino de la familia.

Durante el día, vuelos frenéticos cruzaban los prados. Las parejas más jóvenes dudaban entre las hojas y los líquenes: ¿iría bien esa ramita, sería bastante larga? ¿Y si utilizáramos también aquel hilo de lana y esas crines enredadas en el zarzal?

Crear un hogar por primera vez era siempre motivo de gran ansiedad. ¿Tendrán suficiente abrigo los huevos aquí? Y los pequeños, al crecer, ¿no estarán demasiado apretados? ¿Y si nacieran más de los previstos?

Las parejas con experiencia sentían ternura ante tantos temores.

—No tengáis miedo —les decían, mientras entrelazaban con habilidad el musgo con las ramitas secas—. ¡Tened confianza! Todo está ya en vuestro corazón.

Pasada una semana no había rama, fronda o matorral en el bosque que no ocultara la pequeña y acogedora esfera de un nido.

Algunos eran redondos y minúsculos, suave musgo por fuera y mullida lana por dentro. Otros, más grandes, trenzados sólo con ramitas. Otros —una maraña de líquenes, hojas secas y tallos— colgaban de los árboles como los calcetines para los regalos en Navidad.

El gran árbol

Cada uno había sido proyectado y construido según las necesidades de las futuras crías, con bordes altos y sólidos para mantener el calor durante las noches todavía frías y resistir a la audacia de los polluelos más aguerridos, protegiéndolos, al mismo tiempo, de la vista de los predadores.

Un buen día, en el bosque, a la frenética actividad de la obra le siguió el tierno silencio de la incubación.

Mientras los machos buscaban comida para sus hembras se sucedieron unos días de fuertes lluvias.

La lluvia azotó los árboles y los prados, empapó los troncos y alimentó el suelo, y las semillas, en paciente espera en la tierra, empezaron a hincharse. Después de la lluvia volvió el sol, y la cutícula —que las envolvía como un vestido demasiado estrecho— se rompió.

También se abrió la pequeña semilla alada, anclándose con su minúscula raíz en la tierra y lanzando una tierna plumilla hacia lo alto, en busca de la luz.

En el bosque empezaron los nacimientos.

Las nidadas piaban a la espera de sus padres, escondiéndose ante la más mínima sombra amenazadora: también los cuervos, los gavilanes y los búhos tenían crías que alimentar.

Sin pelaje aún, los lirones, las ardillas y las musarañas dormitaban en las madrigueras, mientras los jóvenes musgaños daban sus primeros pasos en las galerías debajo del musgo y las pequeñas culebras, deslizándose, salían de sus huevos cilíndricos.

Cuando más tarde los días comenzaron a alargarse, las fuertes lluvias se volvieron mansas y por la mañana el rocío cubría los prados y las flores con un manto de gotas luminosas.

El atardecer parecía no tener fin. Su luz rosada lo acariciaba todo, como si quisiera proclamar el esplendor encerrado en el mundo.

Al final llegó el verano con su tranquila serenidad y el sotobosque se llenó de arándanos.

Los pájaros habían abandonado los nidos para ir al encuentro de la aventura de la vida, y lo mismo hicieron, con sus tambaleantes patas, los cachorros de la tierra.

Llegó el momento del silencio y del descanso.

Después, una mañana, sobre las cimas más altas apareció la nieve. Cubría las rocas, los pro-

El gran árbol

fundos surcos de las montañas y la vegetación oscura y baja de los pinares.

El olor del aire cambió, las golondrinas de las granjas cercanas comenzaron a emprender el vuelo para dirigirse hacia países más cálidos y sobre el suave manto de agujas del bosque empezaron a despuntar setas de todas las formas y colores.

Cuando el rey de los ciervos bajó al claro para desafiar a los pretendientes al trono, los alerces se habían convertido ya en pequeñas llamas ardientes y —en pleno centro del claro— había despuntado un pequeño abeto.

Era aún tan pequeño y flexible que se confundía con la hierba.

Por eso logró sobrevivir a los fieros torneos de la manada.

El primer espectáculo de su larguísima vida.

2

Ya se sabe, la vida de los árboles no puede ser nunca especialmente excitante. Por su naturaleza, están obligados a permanecer quietos en el mismo lugar, no pueden decidir hacer un viaje, explorar nuevas tierras o pasear en busca del alma gemela.

Deben permanecer para siempre donde el cielo los hace brotar. Para encontrar el amor y generar prole deben entregarse al viento, a los insectos o a la voracidad de los pájaros. Para crecer —y seguir viviendo— deben esperar el agua que les manda el cielo.

Sólo en la muerte se diferencian sus vidas. Unos son devorados por dentro por minúsculos coleópteros, replegándose sobre sí mismos como un trapo mojado, y otros son invadidos por el moho, por hongos o por algún parásito que destruye sus raíces. Unos mueren en la

pira colectiva de un incendio y otros caen bajo los chirridos de la sierra.

Sólo a los más longevos, grandes y solitarios, les está reservado el privilegio de ser fulminados por un rayo.

Pero incluso en la inmovilidad se diferencian. Está el que nace solo en un claro y el que crece en la espesura de un bosque, codo con codo con muchos otros.

Un árbol solitario es un árbol que contempla, mientras que uno que vive apretujado entre sus semejantes —como en el metro en la hora punta— antes o después se ve obligado a conversar.

¿Y qué tipo de conversación se puede dar, cuando el panorama es siempre el mismo y no existe el enriquecimiento del descubrimiento y de lo imprevisto?

Desde que el mundo es mundo, el aburrimiento de grupo genera un solo tipo de discurso: un discurso variado —y sin embargo muy monótono— que se llama chismorreos.

Así, nuestro claro estaba rodeado por un espeso bosque, como el público de un anfiteatro. Las primeras filas se componían sobre todo de abetos y alerces, pero no faltaban tampoco varios nogales al lado de arces de montaña y un par de hayas de aspecto más bien enclenque.

Fue precisamente un haya la que descubrió, una mañana de primavera, al pequeño abeto que había despuntado en medio del claro.

—¡Ooooooh! Mirad allí abajo —susurró con voz aflautada—. ¡Hay un pequenín!

—¡Ooohhh! —respondió el bosque en coro—. ¡Qué pequeño es! ¿Cómo habrá podido llegar hasta allí?

—Pues no es la primera vez —sentenció el nogal más grande, con su timbre de barítono—. ¿Os acordáis? Hace diez o doce primaveras sucedió lo mismo: creció una cosita ahí en medio.

—Ya, ya —confirmaron los arces—, ¿y qué era?

—Un alerce, si no me equivoco. ¿Recordáis cuánto duró?

—¡A decir verdad no nos acordamos ni de que haya existido! —dijeron con sarcasmo los abetos, en vieja polémica con los alerces.

Fue el nogal el que se acordó:

—Dos estaciones, tres como mucho. A la cuarta era un palillo reseco.

—¡Ésta es una campaña difamatoria contra nosotros! —murmuraron los alerces.

—No, es una simple constatación —observó el más destacado de los abetos—. Tenéis agujas como nosotros, pero las perdéis en otoño como esas tísicas hayas. Por lo tanto no estáis

ni aquí ni allí, ni chicha ni limonada. Naturalmente, no es culpa vuestra sino de Quien, imaginándoos, ha mezclado las cartas.

—Llamarnos tísicas es discriminatorio —protestaron las enfurecidas hayas—. Sois tan ordinarios que no comprendéis que lo nuestro no es enfermedad sino elegancia. Somos elegantes, nobles, distinguidas.

En definitiva, la llegada del recién nacido causó un desbarajuste en la adormecida paz del bosque que rodeaba el claro. Por fuerza, todos los ojos lo observaban y las bocas no hacían otra cosa que hablar de él.

A cada estación, cuando la nieve empezaba a derretirse, llovían las apuestas. ¿Lo habrá logrado? ¿Estará vivo? ¿Estará muerto?

—Pobrecito, tan solo, con este frío, nos gustaría poder darle calor con nuestras hojas... —murmuraban cada otoño las hayas, protectoras por naturaleza.

Al cuarto año resultó evidente para todos que se trataba de un abeto.

—Esas agujas tan tiernas les apetecerán a los corzos —observó insidioso el viejo nogal.

—No llegará al quinto año —pronosticaron los alerces—. El hielo y el peso de la nieve lo partirán. Las cosas serían muy distintas si tuviera ramas desnudas y ligeras, como nosotros.

Nunca hubo un vaticinio más erróneo.

Año tras año, gracias a la abundante luz y al aire que lo rodeaba, el pequeño abeto siguió creciendo. Crecía recto sin ninguna indecisión, con ramas largas y oscuras, cubiertas de abundantes agujas de un color verde intenso.

A los diez años ya se veía que tendría un temperamento majestuoso y que, en esa majestuosidad, no había arrogancia.

Los abetos del bosque estaban orgullosos y no fueron pocas las discusiones para atribuirse la paternidad.

—¡La piña era mía!

—¡No, era mía!

—¡Observa la trayectoria y razona! ¿Te acuerdas de cómo soplabá el viento aquel día? Lógicamente sólo puede ser mío.

Nadie podía imaginar entonces que esa manera suya de crecer y ese aspecto, un día, muy lejano, lo llevarían a vivir una aventura realmente única para un árbol.